

NAVIDAD 2017-18

Ciclo litúrgico B

Introducción

LA ESPIRITUALIDAD DE NAVIDAD.

"el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22).

El misterio de la navidad no nos ofrece sólo un modelo para la imitación en la humildad y pobreza del Señor que yace en el pesebre, sino que nos da la gracia de ser semejantes a él.

La manifestación del Señor conduce al hombre a la participación en la vida divina. La espiritualidad de la navidad es la espiritualidad de la adopción como hijos de Dios. Esto debe acontecer no por una imitación de Cristo *desde fuera*, sino en el vivir a Cristo que está en nosotros y en manifestarle a él, virgen, pobre, humilde, obediente. San León Magno invita al cristiano a reconocer la propia dignidad a fin de que, hecho partícipe de la naturaleza divina, no quiera volver a la abyección de otro tiempo con una conducta indigna.

Puesto que Dios nos hace hijos suyos en Cristo, injertándonos como miembros en el cuerpo de la iglesia, la gracia de navidad exige como respuesta una vida de comunión fraterna.

Debemos valorar la celebración navideña para formarnos y formar en la auténtica fe en Cristo, que no puede, sin embargo, separarse de la auténtica visión del hombre, porque "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22).

Navidad, nos anima a celebrar la gran fiesta del hombre. En efecto, Cristo, "el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (GS 22).

Como en el Adviento os presentamos unos breve comentario de los Santos Padres al evangelio. para las celebraciones más importantes de la Navidad.

MISA DE LA VIGILIA DE NAVIDAD

24 de diciembre 2017

Aclamación del Evangelio

Aleluya, aleluya.

Mañana quedará borrada la maldad de la tierra,
y será nuestro rey el Salvador del mundo.

Aleluya.

EVANGELIO DE LA MISA

Lectura del santo Evangelio según San Mateo 1, 1-25.

Comentario de San Juan Crisóstomo

" «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.» Llama a este libro el libro de la generación, porque toda la economía de la gracia y la raíz de todos los bienes está en que Dios se ha hecho hombre; una vez verificado esto, lo demás se sigue como consecuencia racional.

No pienses que oyes cosa de poca importancia al oír hablar de esta generación, porque es en gran manera inefable que Dios se haya dignado nacer de una mujer y tener por progenitores a David y a Abraham.

«Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos...» También menciona los doce patriarcas para desvanecer el orgullo por la nobleza de los progenitores, pues muchos de éstos nacieron de esclavas, pero todos eran igualmente patriarcas y jefes de tribu.

«Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zara, Fares engendró a Esrom, Esrom engendró a Aram...» Después de esto se ve que todos fueron reos de pecado, pues tenemos a Tamar acusando a Judá de fornicario y David engendró a Salomón de una mujer adúltera. Mas si la ley no fue cumplida por los principales, menos lo hubiera sido por los menores. Así, la presencia de Jesucristo se hizo necesaria.

«y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo.» Después de consignar todos los antepasados de Cristo terminando por José, dice el evangelista: “Esposo de María”, indicando que por María ha puesto en la genealogía también a José.

Dividió tal vez en tres partes las generaciones para demostrarnos que no por cambiar de régimen político se enmendaron los judíos. Antes bien, tanto bajo los jueces, como bajo los reyes, los pontífices y los sacerdotes, persistieron en los mismos pecados. Por eso menciona la cautividad de Babilonia, indicando que ni aun después de ésta se corrigieron. Y no menciona el destierro a Egipto, porque no temían a los egipcios como a los asirios y partos, porque el destierro a Egipto era de fecha más antigua y el de Babilonia era reciente, y porque a Egipto no fueron llevados en castigo por sus pecados como a Babilonia." (San Juan Crisóstomo, homiliae in Matthaem, hom. 2-4).

MISA DE MEDIANOCHE DE NAVIDAD 25 de diciembre 2017

Aclamación del Evangelio

Aleluya Lc 2, 10-11

Aleluya, aleluya.

Os traigo la buena noticia: nos ha nacido un Salvador; el Mesías, el Señor.
Aleluya.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 1-14

Comentario del Beato Papa Pablo VI.

" ¡Hermanos e hijos amadísimos!

Esperáis de nosotros una palabra que resuena ya en vuestros espíritus; el hecho de escucharla una vez más en esta noche y en este lugar os haga reconocer su perenne novedad, su fuerza de verdad, su maravillosa y beatificante alegría. No es nuestra, es celestial. Nuestros labios repiten el anuncio del ángel, que resplandeció en la noche, en Belén, hace 1977 años, y que tras confortar a los humildes y asustados pastores, vigilantes al raso sobre su rebaño, vaticinó el hecho inefable que se estaba realizando en un pesebre cercano: “Os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David (Belén)” (*Lc 2, 10-11*).

¡Así es, así, hermanos e hijos! Y puesto que es así, queremos extender nuestro grito humilde e impávido a cuantos “tienen oídos para escuchar” (cf. *Mt 11, 15*). Un hecho y una alegría; ¡he aquí la doble grande noticia!

El hecho parece casi insignificante. Un niño que nace y en qué condiciones tan humillantes! Lo saben nuestros muchachos cuando preparan sus belenes, ingenuos pero auténticos documentos de la realidad evangélica. La realidad evangélica transparenta una concomitante realidad inefable: ese Niño vive de una trascendente filiación divina, “será llamado Hijo del Altísimo” (*Lc 1, 32*). Hagamos nuestras las expresiones entusiastas de nuestro gran predecesor, San León Magno, que exclama: “Nuestro Salvador, amadísimos, ha nacido hoy: ¡gocemos! ¡No hay lugar para la tristeza cuando nace la vida que, apagando el temor de la muerte, nos infunde la alegría de la promesa eterna (*Serm. I de Nativ. Dom*).

Así que mientras el misterio supremo de la vida trinitaria del Dios único se nos revela en las tres distintas Personas, Padre generante; Hijo engendrado, unidos ambos en el Espíritu Santo, otro misterio llena de maravilla inextinguible nuestra relación religiosa con Dios, abriendo el cielo a la visión de la gloria de la infinita trascendencia divina y, superando en un don de incomparable amor toda distancia, la proximidad, la cercanía de Cristo-Dios hecho hombre nos muestra que El está con nosotros, que está en busca de nosotros: “Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres” (*Tit 2, 11; 3, 4*).

¡Hermanos, hombres todos! ¿Qué es la Navidad sino este acontecimiento histórico, cósmico, sumamente comunitario porque asume proporciones universales y al mismo tiempo incomparablemente íntimo y personal para cada uno de nosotros, pues el Verbo eterno de Dios, en virtud del cual vivimos ya en nuestra existencia natural (cf. *Act 17, 23-28*) ha venido en busca de nosotros? El, eterno, se ha inscrito en el tiempo; El, infinito, se ha como anonadado, “en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (*Flp 2, 6 ss.*). Nuestros oídos están habituados a semejante mensaje y nuestros corazones se han hecho sordos a semejante llamada, una llamada de

amor: “tanto amó Dios al mundo...” (*Jn 3, 16*); más aún, seamos precisos: cada uno de nosotros puede decir con San Pablo: “me amó y se entregó por mí” (*Gál 2, 20*).

La Navidad es esta llegada del Verbo de Dios hecho hombre entre nosotros. Cada uno puede decir: ¡por mí! Navidad es este prodigio. Navidad es esta maravilla. Navidad es esta alegría. Nos vienen a los labios las palabras de Pascal: ¡alegría, alegría, alegría, llantos de alegría!

¡Oh! Que esta celebración nocturna de la Natividad de Cristo sea de veras para todos nosotros, para la Iglesia entera, para el mundo, una renovada revelación del misterio inefable de la Encarnación, un manantial de felicidad inagotable! ¡Así sea!” (Beato Papa Pablo VI. Homilía (1977). misa de Nochebuena. Basílica de San Pedro. Sábado 24 de diciembre de 1977).

MISA DE LA AURORA DE NAVIDAD **25 de diciembre 2017**

Aclamación del Evangelio

Aleluya Lc 2, 14

Aleluya, aleluya.

Gloria a Dios en el cielo,

y en la tierra paz a los hombres que el Señor ama.

Aleluya.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 15b-20.

Comentario de San Francisco de Sales, obispo.

Sermón: Misterio de visitación.

«Encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre» (Lc 2,16).

¿Qué otra cosa nos queda por decir sino que el misterio de la Natividad del Señor es un misterio de visitación?

Así como la Santísima Virgen fue a visitar a su prima Santa Isabel, así nosotros, durante esta octava, tenemos que ir a menudo a visitar al divino Angelito, acostado en el pesebre; y allí aprenderemos, de este soberano Pastor de pastores, a conducir, gobernar y cuidar nuestros rebaños para que sean agradables a su bondad.

Los pastores seguro que no fueron sin llevarle algún corderito, y nosotros tampoco debemos ir con las manos vacías, sino llevándole algo. Decíme: ¿qué podremos llevar al Pastor divino que le sea más agradable que el corderito de nuestro amor, que es la mejor parte de nuestro rebaño espiritual, puesto que el amor es la primera pasión del alma?

¡Con cuánto gusto recibirá nuestro presente, y con cuánto consuelo lo recibirá la Santísima Virgen, pues tanto desea nuestro bien! El Niño divino nos

mirará, sin duda, con sus ojitos dulces y graciosos en recompensa por nuestro regalo, y para demostrarnos con cuánto gusto lo ha recibido.

¡Qué felices seremos si visitamos al amado Salvador de nuestras almas! Recibiremos unos consuelos sin igual y así como el maná tenía para cada uno el sabor que deseaba, también cada uno puede encontrar su consuelo al visitar a este Bebé tan amable.

Los pastores le visitaron y experimentaron una viva alegría; al volver iban cantando las alabanzas de Dios y anunciando, a cuantos se encontraban, lo que habían visto. Pero San José y la Virgen tuvieron consolaciones indeciblemente mayores, pues ellos le atendían y permanecían en su presencia para servirle lo mejor que podían.

Lo mismo los que partieron que los que se quedaron, todos recibieron consuelos, pero no todos por igual, sino cada uno según su capacidad." (San Francisco de Sales, obispo. . Sermón de la víspera de Navidad de 1613. IX, 11).

NATIVIDAD DEL SEÑOR :

25 de Diciembre 2017

Aclamación del Evangelio

Aleluya, aleluya.

Nos ha amanecido un día sagrado: venid, naciones, adorad al Señor, porque hoy una gran luz ha bajado a la tierra.

Aleluya.

EVANGELIO DE LA MISA

Lectura del santo Evangelio según San Juan 1, 1-18.

Comentario de San Agustín, obispo.

Sermón: La fidelidad brota de la tierra y la justicia mira desde el cielo

«El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14).

" Despiértate: Dios se ha hecho hombre por ti. *Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.* Por ti precisamente, Dios se ha hecho hombre.

Hubieses muerto para siempre, si él no hubiera nacido en el tiempo. Nunca te hubieses visto libre de la carne del pecado, si él no hubiera aceptado la semejanza de la carne de pecado. Una inacabable miseria se hubiera apoderado de ti, si no se hubiera llevado a cabo esta misericordia. Nunca hubieras vuelto a la vida, si él no hubiera venido al encuentro de tu muerte. Te hubieras derrumbado, si él no te hubiera ayudado. Hubieras perecido, si él no hubiera venido.

Celebremos con alegría el advenimiento de nuestra salvación y redención. Celebremos el día afortunado en el que quien era el inmenso y eterno día, que procedía del inmenso y eterno día, descendió hasta este día nuestro tan breve y

temporal. Este se convirtió *para nosotros en justicia, santificación y redención: y así –como dice la Escritura–: El que se gloríe, que se gloríe en el Señor.*

Pues *la verdad brota de la tierra: Cristo, que dijo: Yo soy la verdad, nació de una virgen. Y la justicia mira desde el cielo: puesto que, al creer en el que ha nacido, el hombre no se ha encontrado justificado por sí mismo, sino por Dios.*

La verdad brota de la tierra: porque la Palabra se hizo carne. Y la justicia mira desde el cielo: porque todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba. La verdad brota de la tierra: la carne, de María. Y la justicia mira desde el cielo: porque el hombre no puede recibir nada, si no se lo dan desde el cielo.

Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, porque la justicia y la paz se besan. Por medio de nuestro Señor Jesucristo, porque la verdad brota de la tierra. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos: y nos gloriamos apoyados en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. No dice: «Nuestra gloria», sino: La gloria de Dios; porque la justicia no procede de nosotros, sino que mira desde el cielo. Por tanto, el que se gloríe, que se gloríe en el Señor, y no en sí mismo.

Por eso, después que la Virgen dio a luz al Señor, el pregón de las voces angélicas fue así: *Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. ¿Por qué la paz en la tierra, sino porque la verdad brota de la tierra, o sea, Cristo ha nacido de la carne? Y él es nuestra paz; él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa: para que fuésemos hombres que ama el Señor, unidos suavemente con vínculos de unidad.*

Alegrémonos, por tanto, con esta gracia, para que el testimonio de nuestra conciencia constituya nuestra gloria: y no nos gloriemos en nosotros mismos, sino en Dios. Por eso se ha dicho: *Tú eres mi gloria, tú mantienes alta mi cabeza. ¿Pues qué gracia de Dios pudo brillar más intensamente para nosotros que ésta: teniendo un Hijo unigénito, hacerlo hijo del hombre, para, a su vez, hacer al hijo del hombre hijo de Dios? Busca méritos, busca justicia, busca motivos; y a ver si encuentras algo que no sea gracia.*" (San Agustín, obispo. Sermón 185: PL 38, 997-999.)

MISA LA SAGRADA FAMILIA

31 de Diciembre 2017

Aclamación del Evangelio

Aleluya Col 3, 15a. 16a

Aleluya, aleluya.

Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón;
que la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza.
Aleluya.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 22-40.

Comentario de San Cirilo de Alejandría, obispo

Homilía: Cristo tomó la condición de esclavo

Al asumir la condición de esclavo, Cristo, en cierto modo, fue contado entre los siervos

" Acabamos de ver al Emmanuel acostado en un pesebre como un niño recién nacido, envuelto en pañales según la humana costumbre, pero divinamente celebrado por el santo ejército de los ángeles. Estos serán los encargados de anunciar a los pastores su nacimiento. Pues Dios Padre otorgó a los celestes espíritus este altísimo privilegio: ser los primeros en predicar a Cristo. Acabamos de ver también hoy cómo Cristo se somete a las leyes mosaicas; más aún, hemos visto cómo Dios, el legislador, se sometía, como un hombre cualquiera, a sus propias leyes. Esta es la razón por la que el sapientísimo Pablo nos da esta lección: Cuando éramos menores estábamos esclavizados por lo elemental del mundo. Pero, cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley.

Así pues, Cristo rescató de la maldición de la ley a los que estaban bajo la ley, pero no a los que eran observantes de la ley. Y ¿cómo los rescató? Cumpliéndola. O dicho de otro modo, mostrándose morigerado y obediente en todo a Dios Padre, a fin de reparar los pecados de prevaricación cometidos en Adán. Pues está escrito que así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. Por tanto, sometió como nosotros la cerviz al yugo de la ley, y lo hizo por razones de justicia.

Convenía, en efecto, que él cumpliera toda la justicia. Pues al asumir realmente la condición de siervo, quedaba, por su humanidad, inscrito en el número de los súbditos: pagó, como uno de tantos, a los que cobraban el impuesto de las dos dracmas, aun cuando por su calidad de Hijo era naturalmente libre y exento del tributo.

Ahora bien, al verle observar la ley, cuidado no te escandalices ni lo catalogues entre los siervos, a él que es libre; esfuérate más bien en penetrar la profundidad del plan divino. Al cumplirse, pues, los ocho días, en cuya fecha y por prescripción de la ley, era costumbre practicar la circuncisión de la carne, le impusieron un nombre, y precisamente el nombre de Jesús, que significa Salvación del pueblo.

Tal fue, en efecto, el nombre que Dios Padre eligió para su Hijo, nacido de mujer según la carne. Pues fue ciertamente en ese momento cuando de manera muy especial se llevó a cabo la salvación del pueblo: y no de un solo pueblo, sino de muchos, mejor, de todas las naciones y de la universalidad de la tierra. A un mismo tiempo fue circuncidado y se le impuso el nombre, convirtiéndose efectivamente Cristo en luz que alumbraba a las naciones y, a la vez, en gloria de Israel. Y si bien hubo en Israel algunos injustos, obstinados e insensatos, no obstante un resto fue salvado y glorificado por Cristo. Las primicias fueron los discípulos del Señor, cuya gloria resplandece en todo el mundo. Otra gloria de Israel es que Cristo, según la carne, procede de su raza, si bien, en cuanto Dios, está sobre todos y es bendito por los siglos. Amén.

Nos presta, pues un buen servicio el sapientísimo evangelista al relatarnos todo lo que por nosotros y para nosotros soportó el Hijo hecho carne, sin desdeñarse en asumir nuestra pobreza, a fin de que le glorifiquemos como Redentor, como Señor, como Salvador y como Dios, porque a él y, con él a Dios Padre, le es debida la gloria y el poder, juntamente con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén. (San Cirilo de Alejandría, obispo. Hom. 12: PG 77, 1042.1047.1050 – – Liturgia de las Horas)

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS 1 de enero 2018

Aclamación del Evangelio

Aleluya Heb 1,1-2

En distintas ocasiones hablo Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas: ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo.

EVANGELIO

Encontraron a María y a José y al niño. Al cumplirse los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 16-21

**Comentario de San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia
«Glorificaban y alababan a Dios por todo lo que habían oído y visto»
(Lc 2,20).**

" Venid, sabios, admiremos a la Virgen Madre, la hija de David, esta flor de belleza que dio a luz la maravilla. Admiremos el manantial de donde brota la fuente, la nave toda cargada de gozo que nos trae el mensaje venido del Padre. En su pecho puro, recibió y llevó a este gran Dios que gobierna la creación, este Dios por el que la paz reina sobre tierra y en los cielos. Venid, admiremos a la Virgen toda pura, maravillosa toda ella. Escogida entre todas las criaturas, ella dio a luz sin haber conocido varón. Su alma Sólo entre las criaturas, parió sin haber conocido a hombre. Su alma estaba llena de admiración, y cada día ella glorificaba a Dios en la alegría por estos dones que parecían no poder unirse: su integridad virginal y su hijo muy amado. ¡Sí, bendito sea el que nació de ella!...

Lo lleva y canta sus alabanzas con dulce cánticos: " tu sitio, mi hijo, está por encima de todo; pero, porque lo quisiste, has sido hecho sitio en mí. ¡Los cielos son demasiado estrechos para tu majestad, y yo, la toda pequeña, te llevo! Que Viene Ezequiel, que te vea sobre mis rodillas; qué se prosterne y adore; qué reconozca en ti aquel que vio ocupar un escaño sobre el carro de los querubines (Ez 1) y el me llamará bienaventurada por su gracia...Isaías proclama: «He aquí a la Virgen que concebirá y dará a luz un hijo» (7,14), venid, contempladme, regocijaos conmigo...He aquí que he dado a luz, manteniendo intacto el sello de mi virginidad. Mirad al Emmanuel que, antaño, estaba escondido para ti...

«Venid a mi, los sabios, cantores del Espíritu, profetas que en vuestras visiones habéis revelado las realidades ocultas, agricultores que, después de la siembra estáis distraídos en la esperanza. Levantaos, saltad de júbilo ha llegado el tiempo de la recolección de los frutos. He aquí en mis brazos la espiga de la vida que da el pan a los hambrientos, que sacia a los hambrientos. Alegraos

conmigo: yo he recibido la gavilla del gozo»." (San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia- Himno: Bendito el fruto de tu vientre. Himno 7 sobre la Virgen.)

LA EPIFANIA DEL SEÑOR 2018

6 de enero 2018

Aclamación del Evangelio

Aleluya Mt 2, 2

Hemos visto salir su estrella y venimos a adorar al Señor.

EVANGELIO

Venimos de Oriente a adorar al Rey

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 1-12

Comentario de San Basilio Magno

Homilía: Recibamos también nosotros esa inmensa alegría en nuestros corazones.

«Se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,10).

" La estrella vino a pararse encima de donde estaba el niño. Por lo cual, los magos, al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Recibamos también nosotros esa inmensa alegría en nuestros corazones. Es la alegría que los ángeles anuncian a los pastores. Adoremos con los Magos, demos gloria con los pastores, dancemos con los ángeles. *Porque hoy ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. El Señor es Dios: él nos ilumina*, pero no en la condición divina, para atemorizar nuestra debilidad, sino en la condición de esclavo, para gratificar con la libertad a quienes gemían bajo la esclavitud. ¿Quién es tan insensible, quién tan ingrato, que no se alegre, que no exulte, que no se recree con tales noticias? Esta es una fiesta común a toda la creación: se le otorgan al mundo dones celestiales, el arcángel es enviado a Zacarías y a María, se forma un coro de ángeles, que cantan: *Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz a los hombres que Dios ama*.

Las estrellas se descuelgan del cielo, unos Magos abandonan la paganía, la tierra lo recibe en una gruta. Que todos aporten algo, que ningún hombre se muestre desagradecido. Festejemos la salvación del mundo, celebremos el día natalicio de la naturaleza humana. Hoy ha quedado cancelada la deuda de Adán. Ya no se dirá en adelante: *Eres polvo y al polvo volverás*, sino: «Unido al que viene del cielo, serás admitido en el cielo». Ya no se dirá más: *Parirás hijos con dolor*, pues es dichosa la que dio a luz al Emmanuel y los pechos que le alimentaron. Precisamente por esto *un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado*.

Súmate tú también a los que, desde el cielo, recibieron gozosos al Señor. Piensa en los pastores rezumando sabiduría, en los pontífices adornados con el don de profecía, en las mujeres rebosantes de gozo: bien cuando María es invitada a alegrarse por Gabriel, bien cuando Isabel siente a Juan saltar de alegría en su vientre. Ana que hablaba de la buena noticia, Simeón que lo tomaba en sus brazos, ambos adoraban en el niño al gran Dios y, lejos de despreciar lo que veían, ensalzan la majestad de su divinidad. Pues la fuerza

divina se hacía visible a través del cuerpo humano como la luz atraviesa el cristal, refulgiendo ante aquellos que tenían purificados los ojos del corazón. Con los cuales ojalá nos hallemos también nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor como en un espejo, para que también nosotros nos vayamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén." (San Basilio Magno. Homilía sobre la generación de Cristo: PG 31, 1471-1475.).

EL BAUTISMO DEL SEÑOR 2018:

7 de enero 2018

Aclamación del Evangelio

Aleluya Mc 9, 6

Aleluya, aleluya.

Los cielos se abrieron y se oyó la voz del Padre:

Este es mi Hijo, el amado; escuchadle.

Aleluya.

EVANGELIO

Tú eres mi Hijo amado, el predilecto.

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 1, 6b-11.

Comentario de San Gregorio de Antioquía

Homilía: Vivamos verdaderamente como Hijos.

«Éste es mi Hijo, el amado, en quien me complazco» (Mc 1,11).

" Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Éste es el que sin abandonar mi seno, entró en el seno de María; el que inseparablemente permaneció en mí y en ella habitó no circunscrito; el que indivisiblemente está en los cielos, y moró en el seno de la Virgen inmaculada.

No es uno mi Hijo y otro el hijo de María; no es uno el que yació en la gruta y otro el que fue adorado por los Magos; no es uno el que fue bautizado y otro distinto el exento de bautismo. Sino: *éste es mi Hijo*; el mismo en quien la mente piensa y contemplan los ojos; el mismo invisible en sí y visto por vosotros; sempiterno y temporal; el mismo que, siéndome consustancial por su divinidad, es consustancial a vosotros por su humanidad en todo, menos en el pecado.

Este es mi Mediador y el de sus hermanos, ya que por sí mismo reconcilia conmigo a los que habían pecado. Este es mi Hijo y cordero, sacerdote y víctima: es al mismo tiempo oferente y oblación, el que se convierte en sacrificio y el que lo recibe.

Este es el testimonio que dio el Padre de su Unigénito al bautizarse en el Jordán. Y cuando Cristo se transfiguró en el monte delante de sus discípulos y su rostro desprendía una luminosidad tal que eclipsaba los rayos del sol, también entonces se volvió a oír aquella voz: *Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.*

Si dijera: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*, escuchadlo. Si dijera: *Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*, escuchadlo porque dice la verdad. Si dijera: *El Padre que me ha enviado es más que yo*, inscribid esta manera de hablar en la economía de su condescendencia. Si dijera: *Esto es mi cuerpo que se reparte entre vosotros para el perdón de los pecados*, contemplad el cuerpo que él os muestra, contemplad el cuerpo que, tomado de vosotros, se ha convertido en su propio cuerpo, cuerpo destrozado por vosotros. Si dijera: *Esta es mi sangre*, pensad en la sangre del que habla con vosotros, no en la sangre de otro cualquiera.

Dios nos ha llamado a la paz y no a la discordia. Permanezcamos en nuestra vocación. Estemos con reverente temor en torno a la mística mesa, en la cual participamos de los misterios celestes. Guardémonos de ser al mismo tiempo comensales y mutuamente intrigantes; unidos en el altar por la comunión y sorprendidos fuera en flagrante delito de discordia. No sea que el Señor tenga que decir también de nosotros: «Hijos engendré y elevé y con mi carne los alimenté, pero ellos renegaron de mí».

Quiera el Salvador del mundo y Autor de la paz reunir en la tranquilidad a sus iglesias; conservar a este su santo rebaño. Que él proteja al pastor de la grey; que reúna en su aprisco a las ovejas descarriadas, de modo que no haya más que una grey y un solo redil. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén." (San Gregorio de Antioquía . Homilía 2 en el Bautismo de Cristo, 5.6.9.10: PG 88, 1875-1879.1882-1883.)